

Ciudad del Vaticano, 14 de septiembre de 2022

Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz

Queridos hermanos y hermanas,

al terminar este caluroso verano que ha despertado en muchos sinceras preocupaciones por el progreso del “jardín del mundo”, quisiera compartir con ustedes una breve reflexión; me dejo guiar sobre todo por el sentido mensaje que el Santo Padre Francisco ha querido dirigir a todos los fieles en su encíclica *Laudato si'. Sobre el cuidado de la casa común*.

Hoy, al celebrar la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, estamos invitados a recordar que “según la comprensión cristiana de la realidad, el destino de toda la creación pasa por el misterio de Cristo, presente desde el principio [...]. Una Persona de la Trinidad entró en el cosmos creado, compartiendo su destino hasta la cruz”.

Tal comprensión nos dice ante todo que el cristianismo no es una religión que desprecia la corporeidad, sino que también reconduce el cuerpo y la materia al plan providencial de la redención y la salvación. Esto es lo que nos recuerda el Apóstol en el Himno a los Filipenses al hablar de la humillación del Hijo que se hizo carne: “Aunque era de naturaleza divina, no consideró su igualdad con Dios como un tesoro celoso; pero se desnudó, asumiendo la condición de siervo y haciéndose como hombres; apareciendo en forma humana, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil 2, 6-8). Así toda “la creación pertenece al orden del amor [...] y toda criatura es objeto de la ternura del Padre”. Como cristianos debemos vivir una relación de armonía con la creación en la que estamos insertos, amando tanto las cosas majestuosas como las más pequeñas y aparentemente superfluas.

Toda la creación, objeto del amor de Dios, necesita respeto, atención y cuidado amoroso de nuestra parte.

Cultivar en nosotros esta actitud de atención hacia la "hermana tierra" nos hará más visible el hecho de que todos estamos conectados en una comunión que nos hace hermanos: "Todo está relacionado. El cuidado auténtico de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza -escribe el Papa Francisco- es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás".

Descuidar una correcta relación con la creación daña al hombre en su totalidad porque Dios en su Sabiduría quiso insertarlo en este mundo. Es precisamente del relato del Génesis que aprendemos que la armonía original fue rota por el deseo del hombre de reemplazar a Dios: "[Adán y Eva] con su pecado destruyeron la armonía existente al ir deliberadamente en contra del plan del Creador. Esto condujo no sólo a la alienación del hombre de sí mismo, a la muerte y al fratricidio, sino también a cierta rebelión de la tierra contra él».

Una correcta relación con la creación nos puede recordar dos cosas: en primer lugar que somos guardianes, pero no dueños de este mundo. Como custodios estamos llamados a amar y respetar lo que se nos ha confiado, ejerciendo un cuidado amoroso hacia la creación y no una dominación despótica. Como cristianos, haciendo nuestra la enseñanza bíblica y el ejemplo de los Santos, debemos esforzarnos por vivir como peregrinos en esta tierra, en la conciencia de ser "pequeños" hombres sujetos a la fugacidad de la vida en la inmensidad de la creación. Aun reconociendo la dignidad infinita que Dios ha dado al hombre, debemos evitar la actitud de un antropocentrismo desviado y despótico: "Toda criatura - enseña el CCC - tiene su propia bondad y su propia perfección [...]. Las diversas criaturas reflejan, cada una a su manera, un rayo de la infinita sabiduría y bondad de Dios. Por eso, el hombre debe respetar la bondad de cada criatura, para evitar un uso desordenado de las cosas".

Vivir una relación armoniosa con la creación nos recuerda también que nuestra fe es muy concreta y se sitúa en un contexto bien determinado; debemos evitar la tentación de

limitar la fe únicamente al ámbito devocional e íntimo. La fe de cada cristiano está arraigada y realizada en la realidad cotidiana de cada día: se manifiesta en la familia, en las amistades, en el trabajo, en la relación con la naturaleza y, en última instancia, en todos los ámbitos en los que se encuentra el hombre a vivir y actuar. Como nos recuerda el Santo Padre, “también Jesús vivió en plena armonía con la creación [...]. Trabajó con sus manos, tomando contacto diario con la materia creada por Dios para darle forma con su habilidad de artesano. [...] La mayor parte de su vida estuvo dedicada a este compromiso, en una existencia sencilla. Así santificó la obra y le dio un valor particular».

En este mundo en el que Dios nos creó y que nos invita a la custodia y al amor, podemos aprender la sencillez propia de las aves del cielo: “Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; sin embargo, su Padre celestial los alimenta. ¿No valéis más que ellos? ¿Y quién de vosotros, por muy preocupado que esté, puede alargar su vida aunque sea un poco?».

Es grande el consuelo que nos puede venir de estas palabras que nos hablan del amor de Dios que todo lo abraza y nada excluye: “¿No se venden cinco pajarillos por dos denarios? Y, sin embargo, ninguno de ellos está olvidado ante Dios».

Procuremos tener una relación sencilla y directa con Dios, recordando siempre que “Dios es amor”. Que nuestra respuesta a él se modele también en el amor, con espontaneidad e inmediatez, evitando cálculos y estrategias, dejándola brotar espontáneamente de nuestro corazón. Así como la impetuosidad del amor nos lleva espontáneamente a desear al amado, así sea nuestra relación con Dios: tierna, sencilla y a la vez irresistible.

Les imparto de corazón mi bendición a cada uno de ustedes

Renato Raffaele Cardenal Martino